



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

CHICAS E INSTITUCIONES

DARIA SERENKO

TRADUCCIÓN Y EPÍLOGO DE
ALEXANDRA RYBALKO TOKARENKO


errata naturae

PRÓLOGO

Todos los nombres propios que aparecen en este libro son inventados, su posible coincidencia con nombres reales es accidental.

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2023

TÍTULO ORIGINAL: *Девочки и институты*

© Daria Serenko, 2022

© de la traducción y el epílogo, Alexandra Rybalko Tokarenko, 2023

© Errata naturae editores, 2023

c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-26-0

DEPÓSITO LEGAL: M-29862-2022

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE CUBIERTA: Luz, 2019, © Bache Bache

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

A la pregunta «¿Para qué existe la cultura rusa oficial?» (con todas sus instituciones, dotaciones presupuestarias, informes falsos, cintas de San Jorge¹ que se entrelazan en cualquier historia, fobias y sinsentidos) ahora hay una respuesta: para que aparezca un texto que describa este sistema desde la perspectiva de su elemento jurídicamente más desprotegido. Es posible que *Chicas e instituciones* sea el único testimonio que quede de la cultura rusa oficial de las décadas putinistas, cuando la ideología estatal quedó reducida a la fisiología del Estado.

¹ Se trata de una tira de franjas naranjas y negras que reproduce la cinta de la que colgaba la Orden de San Jorge, la máxima condecoración al mérito militar instaurada por la emperatriz Catalina II en el siglo XVIII. A raíz de una exitosa campaña mediática, desde 2005 se ha convertido en un símbolo de la victoria sobre el nazismo durante la Segunda Guerra Mundial y, por ende, en un emblema del patriotismo. (Todas las notas son de la traductora).

A veces, los héroes de las películas de Hollywood dejan que el monstruo se los trague para abrirse paso, tan sólo unos instantes después, desgarrando a la bestia desde dentro. En *Chicas e instituciones* es el elemento mudo del sistema —aquel del que nadie espera réplicas, como si fuese un gato de adorno en la oficina— quien se encuentra en el interior y describe aquellos mecanismos que no contaban con ser descritos. Y lo hace, además, desde el punto de vista de alguien a quien no se le presupone una opinión.

Nos explica que la cultura es jerárquica, al igual que la vertical putinista de poder, y en su cúspide se halla el artista (lo más probable es que sea un hombre o una mujer de una familia descendiente de la intelectualidad humanista), aunque quienes trajinan a los pies de su pedestal son chicas: le pasan las pinturas y los pinceles, ejercen de musas, recogen el local antes de una exposición, preparan la comida, emiten facturas, falsean las estadísticas de asistencia de personas y animales, llevan la contabilidad, ingresan en prisión en caso de malversación. La modernidad, con todas sus contradicciones, no tiene cómo penetrar en este mundo hermético que recibe dotaciones del Estado para la reproducción infinita de la misma pesadilla; en palabras del historiador Kiril Kobrin, de la no-historia («Nada de esto es nuevo. Las chicas ya hemos yacido con las guerreras ensangrentadas mientras Yulia

Drunina² entrelazaba cintas de San Jorge en nuestras trenzas sin vida. Los niños ya han recitado sus poemas en el escenario. Los veteranos ya han hecho el gesto de levantarse e irse»).

«Las chicas son el único recurso natural que el mundo tiene en exceso», le recuerda amargamente a su antagonista Natasha Romanov, la Viuda Negra, superheroína del universo Marvel, privada de sus funciones reproductivas y convertida en una máquina de matar. En el caso de las chicas normales y corrientes, a las que no han extirpado el útero antes de enviarlas al programa de entrenamiento Habitación Roja para enseñarles a asestar golpes letales, la función reproductiva se convierte en otro filtro insalvable en el camino que va de la generalización al destino individual. No tiene sentido pagarles sueldos altos, no tiene sentido ascenderlas o darles la oportunidad de realizarse si de todas formas acabarán cogiendo la baja por maternidad, cediendo el sitio a chicas nuevas, y aun en el caso de que volvieran a sus antiguos puestos, se dedicarían a matar las horas laborables sin

²Poeta soviética (1925-1991), una de las referentes femeninas de la poesía de guerra rusa. A los diecisiete años se marchó al frente como enfermera y, cuando volvió, empezó a escribir versos que se caracterizaron por su lirismo y por retratar la guerra desde una perspectiva femenina, lo que le valió una gran popularidad. Patriota acérrima, en 1991 decidió quitarse la vida, en gran parte a raíz de la caída de la Unión Soviética, por lo que se convirtió en un símbolo de la muerte del régimen y sus ideales.

entusiasmo para, al caer la tarde, correr de vuelta con sus familias. Tal es, pues, su naturaleza (cuando vi- ves en el reino de los vivos, pero trabajas en el de los muertos, tu naturaleza te ordena irte a casa cuanto antes). Ya en los primeros párrafos del libro Serenko describe cómo se llega a la generalización de todas las mujeres del sistema, que se transforman en un único organismo vivíparo, y para ello se sitúa en el interior de este cuerpo colectivo: «Las chicas con frecuencia nos convertíamos en un único ser funcional multi- brazos y multipiernas, exultante, todopoderoso, de- moledor; en esos momentos dejaba de sentir mi nuli- dad y el temblor de mis pantorrillas».

Al aunar las experiencias y voces de decenas de chicas invisibles y silenciosas, Daria Serenko pasa a ser la autora de este texto no sólo por haberlo escrito. El químico italiano Primo Levi sobrevivió a Ausch- witz y por ello se consideraba un testigo ilegítimo de los hechos; a diferencia de los verdaderos testigos, los que habían llegado al final del camino y tocado fondo. Sin embargo, éstos no habían sobrevivido, por lo que no podían dar su testimonio. En defensa de la legiti- midad de Levi, el filósofo Giorgio Agamben rastrea en su libro *Homo sacer* las transformaciones históricas del concepto de autor remontándose hasta las raíces y el derecho latino, donde el *auctor* confería un com- plemento de validez jurídica a quien lo necesitara y

tenía potestad para testimoniar en nombre de quien no pudiera hacerlo. Por ejemplo, en nombre de miles de chicas anónimas, mujeres que conforman el sis- tema circulatorio de la cultura rusa oficial, pero que carecen del derecho a voz y voto.

Las chicas de Serenko sangran a borbotones en el sentido literal de la palabra. La sangre derramada convierte sus puestos de trabajo en campos de batalla invisibles (o es la sangre que su patria les chupa poco a poco): la sangre de la menstruación, que se sincro- niza con el día del anticipo³; sangre que mana de una nariz, de un dedo cortado con una nómina; la sangre de las rozaduras provocadas por unos paseos insóliti- tamente largos después de haber sido despedidas. La sangre del régimen con la que sueñan mancharse las manos algún día.

A pesar de no tener influencia alguna ni en el mun- do real ni en el fantasmagórico, la autora ejerce un poder infinito sobre el lenguaje, a voluntad o cuando devuelve a expresiones idiomáticas vacuas (como la del patriota herido que te reprocha haber «derrama- do sangre por ti») su significado literal, o cuando re- codifica palabras del léxico represivo y las transforma

³ Aunque en Rusia el salario es mensual, lo habitual (especialmente en organismos estatales) es que se pague una especie de anticipo (un treinta o cuarenta por ciento del sueldo) a mitad de mes, y el resto al final. No es algo fijo, tanto los porcentajes como los plazos varían según el puesto de trabajo.

en un acto de liberación verbal: reprenderte es cuando vuelven a prenderte; en los despidos por recortes se despide luz; el agente extranjero es el agente de lo ajeno. La agente de lo ajeno, dueña de una agentividad invisible para el resto del mundo, que se desplaza con absoluta libertad entre las fronteras del absurdo. Al observar que los *posts* de Facebook de Daria Serenko sobre el trabajo en instituciones públicas reales se transforman paulatinamente en literatura, comprendes que el sistema actual —que ha hecho de la negación de la realidad su ideología y que cada vez se aleja más de ésta a medida que aumenta el grado de disparate— sólo puede ser documentado y retratado como un sueño, la pesadilla de una chica en vísperas del despertar.

María Kuvshínova

CHICAS E INSTITUCIONES

La primera vez que entré a trabajar en un organismo público, al principio sólo vi chicas. Así era como se llamaban a sí mismas: «chicas», variando la entonación de exclamativa a interrogativa en función de la catástrofe que estuviera desatándose a su alrededor. Y las catástrofes —eso también lo comprendí enseguida— eran parte integrante de nuestra inestable cosmogonía cotidiana y trataban con todas sus fuerzas de arraigar en el día a día laboral.

Trabajábamos en una pequeña biblioteca de barrio, en un despacho sin ventanas. Los ordenadores de las chicas parecían más grandes que ellas mismas. A veces, tras las anchas pantallas y el zumbido de las torres, a éstas ni se las veía ni se las oía; hacía falta levantarse un poquito de la silla para convencerse de la presencia de una compañera de carne y hueso. La falta de ventanas se compensaba, al parecer, con un empapelado fotográfico que cubría toda la pared: un follaje tropical y una cascada impetuosa y empinada de la que derramaban unos torrentes espumosos

de agua. Una imagen que, lejos de evocar el aire fresco, nos recordaba a diario la verticalidad de la jerarquía.

Las chicas me aceptaron como una más. Durante algún tiempo aún intenté conservar por costumbre cierta autonomía física: comer sola, ir hasta el metro en autobús por mi cuenta; pero el valor de esa individualidad no tardó en perder sentido para mí. Mi vida en aquel momento, en general, también era una catástrofe, por eso en el trabajo me sentía como en casa: era divertido y aterrador, y las fronteras entre lo público y lo privado se difuminaban a base de alcohol y plazos de entrega. Las chicas con frecuencia nos convertíamos en un único ser funcional multibrazos y multipiernas, exultante, todopoderoso, demoledor; en esos momentos dejaba de sentir mi nulidad y el temblor de mis pantorrillas.

Con todo, analizando a las chicas, observándolas desde mi esquina arácnida, muchas veces me sorprendía el automatismo de mi mirada: un tanto altiva, irónica, despectivamente cariñosa, mitificando la colectividad femenina como tal. Yo lo justificaba con lo que consideraba un estatus especial: lo mío era temporal. A veces, cuando las miraba, malhumorada y recelosa, me parecía que las chicas sólo existían hasta la cintura; que lo que había bajo la mesa no eran ellas, sino una urdimbre de cables multicolor

transmitiendo señales a algún lugar más allá. Claro que es posible que aún odiara a las mujeres, además de sentirme atraída por ellas. O, tal vez, en aquellos días bajo la mesa sólo faltaba mi mitad.